

Núñez no supo qué contestar, y guardó silencio.

Preocupado cada cual con las ideas tristes que cruzaban por su mente, caminaron largo trecho sin pronunciar una palabra.

Luego, como si buscasen en el bullicio el entretenimiento á la pena, se dirijieron há ella él lentamente, y se perdieron en el inmenso gentío que llenaba el concurrido paseo de las Cadenas.

CAPITULO XIV.

Fiestas de los indios.

En los momentos mismos en que un inmenso gentío invadía la Plaza de Armas, las Cadenas, y penetraba lleno de lujo y de devoción á los templos para visitarlos, otra gran parte de la poblacion se dirijia á las cortas poblaciones de indios de los alrededores de México, con la curiosidad de ver celebrar las fiestas de Juéves y Viérnes Santo, que suelen presentar una novedad desconocida en otras partes.

Unos se dirijian al pueblo de Tacubaya, otros á Ixtacalco, y no pocos á Culucan.

El canal que conduce á estos dos últimos puntos, estaba cubierto de canoas, dirijidas

por robustos remeros, vestidos de calzon blanco, remangado hasta el muslo, en mangas de camisa, descalzos, y con sombreros de petate, de anchas alas, que los defendía de los abrasadores rayos del sol.

El embarcadero de la *Viga* se veía lleno de gente del pueblo que, afanosa y alegre, se embarcaba para concurrir á las fiestas de los indios.

Aquí dos ó tres familias de honrados y sencillos artesanos penetraban en una canoa cubierta con un toldo de petate, y se colocaban dentro de ella, provistos de un almuerzo de *enchiladas* (1), *guajolote* (2), *frijoles* y pulque: allí un grupo de leperos salta á una canoa llena ya de gente, donde al son de la *jaranita* (3), del bajo y del arpa, marchan bailando algunas parejas un jarabe animador: en otra parte un cargador deja caer en una de esas ligeras embarcaciones, un pellejo lleno de pulque que lo recibe una docena de devotos del jugo del

(1) Pan de maíz con pimientos.

(2) Pavo.

(3) Bandurria.

maguey; y por donde quiera, chiquillos que saltan de alegría, mamás que los cuidan que no caigan al agua; músicos que cantan; remeros que llaman con aguardientosa voz á las personas que se acercan al embarcadero; gritos, risa, alegría, bullicio y confusión.

—Oiga vd., D. Paz;—decía desde la canoa una jóven del pueblo, vestida con enaguas cortas y zapato de raso, dirigiéndose á un grupo de hombres que estaban en la orilla;—avise vd. á D. Encarnacion que ya no *merque* la cerveza; que se venga, porque ya se va la canoa.

El hombre á quien se dirigía, se separó del grupo de amigos, y fué á alcanzar al que le indicó la graciosa jóven.

—¡Valedor!

Gritó desde lejos.

El hombre á quien la voz se dirigía se detuvo diciendo:

—¿Qué se ofrece, D. Paz?

—Que se *güelva* vd. ya sin *mercar* la cerveza.

—¿*Quen* lo manda?

—La Federecha, porque ya se va la canoa para Ixtacaleo.

—¿Y mi compadre Don *Trenida*?

—Tambien está ya con ella, lo mesmo que D. Getrudes, D. Margarito y D. Concepcion.

—Pero ¡y qué bebemos!

—Pulque, valedor, que para eso llevamos un pellejo que acaba de traer mi padrino D. Soledad.

—Entonces nada hay que replicar; porque habiendo pulque, todo lo demas sobra. Pero ¿no esperamos á D. Cármen y á D. Piedad, como habiamos convenido?

—No; ahí vendrán cuando *quedan*.

—Entonces les damos un *gregorito* (1).

—No, porque se queda D. Asuncion á esperarles.

—Entonces está *güeno*.

Y al decir esto se acercó al que le habia llamado, y juntos se dirijieron á la canoa y entraron en ella, que ya estaba llena de gente y dispuesta á partir.

—¡Vámonos!

(1) Un chasco.

Gritaron todos los pasajeros dirijiéndose á los remeros.

Estos iban á empezar á remar, cuando se presentó en la orilla un jóven de buena presencia, pero en cuya blanca faz se revelaban la tristeza y los sufrimientos.

—¿Hay lugar para mí?—Dijo con voz débil.—Han salido todas las canoas y me precisa llegar pronto á Ixtacaleo.

—No, no; aquí no *almetimos cátrines*.

Dijo un hombre del bajo pueblo y de cara feroz, que embozado en una sábana, se hallaba al lado de tres músicos, que sentados al borde de la canoa, tocaban en el arpa, bajo y *jaranita*, un jarabe que bailaban algunas parejas.

—¿Y por qué no ha de entrar?—dijo uno de los que acompañaban á la Federacha:—¿No *semos* todos iguales? ¿No *quiere* él venir en la canoa de los *probes*?

—Sí, sí, que entre.

Dijo la Federacha.

Los remeros atrancaron la canoa que ya empezaba á andar, y el jóven entró diciendo:

—Gracias: no hubiera molestado á vdes.

si hubiese encontrado otra canoa; pero como la mayor parte han salido ya, y las otras empiezan ahora á recibir pasajeros. . . .

—Sí señor: ha hecho su merced muy bien:—dijo el que habia abogado por él:—aunque *probes, somos gente honrada y tenemos prencipios*; y mientras esté en la canoa D. Encarnacion, añadió levantando sobre la frente el ala del sombrero y echando éste hácia atras—*naiden* le faltará á su merced al *respeuto*, si es que no se hace antes el ánimo de *sacarse* (1) al campo y de *rifarse* (2) conmigo.

—Gracias.

—Es que es la *merita* verdad; y no es porque me la *quera echar de lado* (3), sino porque así me *nace*, y estoy dispuesto á sostenerlo aquí y donde *quera*, y lo digo *quedito* y *recio*.

—Gracias.

Volvió á repetir el jóven, poco enamorado de aquel lenguaje raro de su protector; y sin atreverse á fijar en él los ojos, pene-

(1) Salir.

(2) Luchar, reñir.

(3) Porque blasona de valiente.

tró en la canoa, y se dirigió al sitio mas retirado y solitario, donde, de pié y con los brazos cruzados, se quedó triste y meditabundo.

Los remeros empezaron á bogar, y la canoa empezó á deslizarse por el estrecho y pintoresco canal, con direccion á Ixtacalco.

—Vaya, D. Consuelo;—dijo á uno de los músicos el embozado que se habia opuesto á que entrase el jóven de figura simpática;—entone vd. algun versito de los que á mí me *cuadran*.

—¿Cuál?

—Ya sabe vd., contra los *encolados* (1).

—Allá va, D. Genovevo.

Contestó el del arpa, y cantó este mal forjado verso:

Los elegantes del dia
son como el *atole* frio,
en las bolsas el silencio
y en los tacones el ruido.

—¡Bavo! ¡bravo!

Exclamó el D. Genovevo dirijiendo la

(1) Los elegantes de guardilla.

vista á nuestro jóven para ver si se habia picado.

Pero la persona á quien se trató de ofender con aquel verso, se encontraba demasiado entregada á profundas reflexiones para haberlo escuchado.

De pié, y quieto en un punto retirado, fijos sus ojos en el canal por donde la canoa se deslizaba, con la cabeza caída sobre el pecho y con los brazos cruzados, aquel jóven parecia la estatua de la melancolía, meditando en los recuerdos pasados.

En su blanca y simpática fisonomía velada por el tinte del dolor y de la tristeza, se reflejaba no sé qué de misterioso y de siniestro que predisponia el alma á la compasion y al interés.

En sus ojos azules, de mirar dulce y cariñoso, que, como hemos dicho, se hallaban fijos en un punto, brillaba de vez en cuando alguna lágrima que la reprimia cerrando sus grandes párpados, adornados de largas y agradables pestañas.

El hombre del bajo pueblo que, embozado en su sábana, habia pedido á los músicos

que cantasen, viendo que no habia conseguido llamar la atencion del jóven, volvió á gritar:

—Otro versito por ese *chisgo*, D. Consuelo; pero con voz mas *rebusta*, para que lo oigan los *catrines*.

—Voy á servirle á vd., D. Genovevo.

Y el músico cantó con voz ronca y desatemplada este otro mal perjeñado verso:

Mucho *reló* y mucho *frac*,
mucho *tono* y mucho *guante*,
y los *bolsillos* sin *blanca*,
y el *estógamo* con *aire*.

—¡Bravo! eso ha sido lo *mero güeno*.

Exclamó el embozado de la sábana, dirigiendo la vista hácia donde estaba el jóven rubio; pero éste continuó sin dar señales de hacer caso de lo que pasaba á su derredor.

—Parece una *estautua*.—Dijo la Federacha á uno de los que con ella iban.—Si *quedrá* hacer el *eisamen* de conciencia.

—Y es buen mozo.

Advirtió la Tangos, jóven de simpática

figura y de gallardas formas, inseparable amiga de la Federacha.

—¿Por qué no lo dices mas *recio* para que te oiga?—Dijo otro de la reunion, cuya cara estaba dando idea de sus malos hechos.—A tí nada hay que te *cuadre* tanto como los *rotitos* (1).

—¿Ya empiezas con tus tonterías, *Madeleno*? Pues ¿qué, decir que es *bonifacio* (2) es asegurar que me *cuadre*?

—No; pero siempre los *probes semos*, ó no *queren* hacer de *segunda fila*.

—Pues bien; haremos lo que nos *nazca*, que á Dios gracias, no tenemos marido ni *naiden* á quien dar cuenta de nuestras *ai-ciones*.

—Pero....

—Nada: el que me *quera*, me ha de *querer* así: que este es mi *modito* y *seaca*.

—Corriente: ya cierro la *botella* (3).

—Ademas de que ese jóven podrá ser to-

(1) Epíteto con que tratan de insultar á la gente decente.

(2) Bonito.

(3) La boca.

do lo bien parecido que se *quera*; pero *respeuto* á dinero, no creo que tenga mucho mas que ninguno de vdes.

—Y es verdad:—dijo la Federacha:—su sombrero de fieltro no es nada nuevo; su levita está muy lejos de ser flamante, y la lleva abrochada hasta el pescuezo, lo cual indica que la camisa no está muy limpia ni muy nueva.

Y era verdad lo que la Federecha decia.

El traje del jóven, aunque cortado á la moda, revelaba, á primera vista, que su dueño, aunque persona de buena educacion, no debia disfrutar de las comodidades de que gozó sin duda al mandarlo hacer.

Esto, agregado á su aire triste y meditabundo, á su ensimismamiento y descuido de cuanto le rodeaba, manifestaban que aquel hombre habia sufrido algun gran golpe de fortuna.

Entre tanto, la canoa se deslizaba sobre el pintoresco canal, y los acordes de la música se iban á perder entre los bravos de los que aplaudian á los que bailaban, y en-

tre los gritos y zambra de la multitud que en otra infinidad de canoas se dirijia al pueblo de Ixtacaleco.

¡Qué bella es la perspectiva que se descubre á la vista del observador al pasar el sólido puente que sirve de puerta á la grandiosa capital! Todo es risueño, magnífico y sublime en este sitio en que el hombre se encuentra rodeado por todas partes de objetos que le sorprenden, que le inspiran sentimientos tiernos, religiosos, elevados, que el idioma humano no tiene palabras para expresar.

Desde allí se descubre, sobre una vasta llanura de esmeralda, esmaltada de flores que embalsaman la atmósfera, centenares de pequeñas casas blancas, esparcidas en el ancho valle y semi-ocultas entre el ramaje de los bosques, como otras tantas cándidas gaviotas, descansando á la sombra de los copudos árboles. De entre espesos bosques poblados de corpulentos árboles, levántanse arrogantes los dos gigantescos volcanes, el Popocatepelt y el Iztaccihualt, como dos invencibles guerreros, cuyos blancos pena-

chos van á perderse entre el undulante cortinaje del cielo. Rivalizando en gentileza y megestad con estos dos constantes centinelas que dominan todo el extenso valle, y cuyas elevadas cimas se ven cubiertas constantemente de nieve, se descubre el magnífico bosque de Chapultepec, cuyos corpulentos árboles, vestidos de blanco-heno, presentan al observador las brillantes páginas de los reinados de los últimos emperadores aztecas. La vista, paseándose por los bellísimos objetos que se descorren ante ella, descubre á un mismo tiempo los pequeños campanarios esparcidos por el valle, los baños, las aves, las flores, los lagos, los pueblos, las aldeas, y allá semi-oculta entre las blancas nubes y cerrando el horizonte, la suntuosa emperatriz de las ciudades del Nuevo-Mundo, la bellísima ciudad de México, con sus anchas calzadas, sus magníficos edificios y grandiosos templos. A completar la pintoresca perspectiva de este admirable panorama viene la brillante cinta de plata que, saliendo del lago de Texcoco, penetra en la populosa ciudad, sosteniendo en su

trasparente superficie millares de ligeras canoas que cruzan en distintas direcciones el pintoresco canal.

La mañana estaba deliciosa.

Los alegres viajeros, sin detenerse á examinar las bellezas de la creacion, seguian cantando y bailando.

El jóven rubio, abismado en sus pensamientos, continuaba cruzado de brazos y sin alzar la vista de un punto.

—¿Qué, no *quiere* vd. cantar ya, D. Consuelo?

Dijo el embozado de la sábana al músico, viendo que hacia algun tiempo que no cantaba.

—Voy á entonar otra copla, D. Genovevo, que se me *afigura* que le cuadrará á vd.

—Bueno; oigamos.

Y el músico cantó lo siguiente:

Yo enamoré á una chinita
de estas de vestido *ampon*,
y me dijo la maldita,
váyase de aquí *panzon*,

no tiene para *semita* (1)

y *quiere* comer *mamon* (2).

—En *efeuto*, no tiene ningun *defeuto*, es de lo mas *perfeuto*.

—No diga vd., compadre, *efeuto*, *defeuto* y *perfeuto*.

—Pues cómo se dice, compadre?

—*Efeito*, *defeito* y *perfeito*.

—¿Qué *perfeito* ni qué calabaza! *Perfeuto*.

—No sino *perfeito*, y si no, que lo diga mi valedor D. *Madaleno* como se *preuncia*.

—Yo—contestó aquel á quien querian poner de juez—siempre he dicho *perfeuto*, *efeuto* y *defeuto*.

—¿Lo ve vd., compadre?

—Sí; pero la gente fina *preuncia* *efeito*, *defeito* y *perfeito*. ¿No es verdad, D. *Treinidad*?

—Sin duda; y yo digo lo *mesmo*; *efeito*.

—¿Lo ve vd., compadre?

—Sí; pero tambien vd. ha oido el parecer de D. *Madaleno*, que dice: *efeuto*, *defeuto* y *perfeuto*.

(1) Pan del mas corriente.

(2) Bizcocho de huevo.